

Libros del Asteroide

Christa Wolf

August

Traducción de Marina Bornas



Christa Wolf

August

Traducción de Marina Bornas

Libros del Asteroide

Primera edición, 2026
Título original: *August*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del *copyright*, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 2012, Suhrkamp Verlag GmbH, Berlin.
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.
© de la traducción, Marina Bornas, 2026

Fotografía de la cubierta: Joan Colom Altemir, *Sin título*,
1958. Museu Nacional d'Art de Catalunya, Barcelona;
© Joan Colom, VEGAP, Barcelona, 2026

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló, 11-13, 3.º 1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 979-13-88056-06-2
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

August lo recuerda bien: como a todos los niños que llegaban sin padres a la estación de Mecklemburgo al final de la guerra, le preguntaron cuándo y dónde había perdido a su madre, pero no lo sabía. También le preguntaron si el tren de refugiados lo habían bombardeado antes o después de cruzar el gran río al que llamaban Óder, pero eso tampoco lo sabía. Estaba durmiendo. Cuando estalló el terrible estruendo y la gente empezó a gritar, una mujer desconocida, que no era su madre, lo agarró por el brazo y lo sacó del tren. Cayó al suelo, detrás de un terraplén nevado, y no se levantó hasta que el ruido cesó y el maquinista gritó que todos los que quedaran vivos debían volver a subir a bordo de inmediato. August nunca volvió a ver a su madre ni a la mujer desconocida. Sí, mucha gente quedó tendida en el suelo y no subió al tren, que pronto reemprendió la marcha.

¿Y su padre? A August la mujer de la Cruz Roja no le parecía guapa; tenía el pelo cano, la cara arrugada y aspecto de estar muy cansada, se le notaba en la forma de hablar. Su padre era soldado. August no dijo nada más. Su madre había estrujado en la mano la carta que le habían enviado, la había alisado de nuevo y había llorado.

—Está vivo —había dicho—. Está vivo, lo sé.

Y la señora Niedlich, la vecina, había observado:

—«Desaparecido» no significa «muerto».

Pero eso August no se lo contó a la mujer de la Cruz Roja. Su padre, al que apenas conocía, estaba vivo y los encontraría a ambos, a él y a la madre que había perdido y que no dejaría de buscarlo hasta dar con él. Lo que sí podía decirle a aquella mujer era su fecha de nacimiento, que su madre le había enseñado por si acaso. Acababa de cumplir ocho años. Y también sabía el nombre de su pueblo.

—¡Ah, en Prusia Oriental! —exclamó la mujer—. Vienes de muy lejos. —Y le colgó al cuello un cartón en el que había escrito la

palabra «huérfano» y las demás cosas que él le había contado. August aún puede ver el cartel, que conservó durante mucho tiempo.

Entonces lo llevaron a la habitación contigua, donde un médico tan cansado como la mujer de la Cruz Roja lo examinó, lo auscultó durante un buen rato y concluyó:

—Lo de siempre.

Así fue como llegó al castillo, al que llamaban «hospital», donde todos los enfermos padecían una única enfermedad, «el mal de las polillas», y donde se quedó mucho tiempo. Un verano, un otoño y un invierno enteros. Conocía las estaciones del año, solo que allí eran diferentes a las de su pueblo, no tan bonitas.

August nunca había sentido nostalgia de su hogar y tampoco la siente ahora, más de sesenta años después, mientras piensa en las estaciones del año en su pueblo y conduce el gran autocar, concentrado y seguro, de vuelta a casa desde Praga. Es uno de sus últimos viajes; ha cumplido la edad de la jubilación y cada vez con más frecuencia, o al menos eso le parece, lo asaltan imágenes de su pueblo, donde nunca ha regresado. Otros conocidos suyos han vuelto en varias ocasiones a sus lugares de origen, pero él nunca lo ha necesitado. Ya ve lo que quiere ver: el saúco que se aferra a la pared rojiza de su casa, el enorme campo de cereales, levemente ondulado y dorado como el sol, la multitud de acianos azules y de amapolas rojas que crecen en sus márgenes, las formas cambiantes de las nubes en el cielo azul intenso y la bomba de agua delante de su casa. Y siempre es verano.

La gente del pueblo seguía refiriéndose al hospital como «el castillo», pero los pacientes lo llamaban «el castillo de las Polillas». Los aldeanos aseguraban que sus dueños habían huido de los rusos y la enfermera jefa decía que, como después de la guerra todo el mundo tenía tuberculosis, habían tenido que transformar viviendas como esa en sanatorios improvisados, aunque no fuera lo más adecuado. Y luego añadía que, aun así, no podían hacer aparecer al personal necesario por arte de magia. La enfermera jefa estaba más bien regordeta, pero era una mujer muy ágil y no se le escapaba ningún detalle. August apenas notaba la falta de personal. Él estaba ingresado en la sala de hombres, a cargo de la enfermera Erika, que había

enseñado a sus pacientes a hacer muchas cosas por sí mismos. A fin de cuentas, la mayoría podían levantarse, así que eran capaces de lavarse y hacerse la cama; a veces incluso barrían el suelo. Y nada de eso perjudicaba su salud. La enfermera Erika tenía la cara angulosa, las mejillas hundidas y la cabeza llena de pequeños rizos.

—Es todo natural —solía decir. August creía que arrastraba alguna pena que no quería contar, pero no le preocupaba demasiado, porque todos a los que conoció en aquella época arrastraban alguna pena.

—Son cosas que uno debe resolver consigo mismo —decía el señor Grigoleit, que ocupaba la cama de enfrente. También era de Prusia Oriental y podría haber sido algo así como su tío. Lucía un tupido bigote que resaltaba su carácter bondadoso.

August recuerda a las personas que conoció entonces con más claridad que a la mayoría de las que ha conocido después a lo largo de toda su larga vida. Por eso es normal que recuerde perfectamente a Lilo, aunque ya no sabría decir cuándo la vio por primera vez.

Debió de ser en otoño, quizá durante la hora de la comida en el Salón de los Caballeros, como llamaban los enfermos al gran comedor en cuyas paredes aún colgaban retratos de los antepasados del exiliado señor del castillo; los más antiguos, con yelmo y cota de malla. Allí se reunían todos los internos a las doce en punto para el almuerzo, si es que se podía llamar así a lo que les servían. Probablemente fue allí donde vio a Lilo por primera vez, lo que no significa que le llamara la atención de inmediato. Debía de estar sentada con las demás internas de la sala de mujeres, al lado de Ingelore, como siempre, a quien Lilo ya conocía de antes.

—No me sorprendería que se lo hubiera contagiado ella —decía la enfermera jefa—. En el colegio se sentaban una al lado de la otra y juntaban las cabezas encima de los libros. Además, Ingelore es altamente contagiosa. —Le gustaba usar terminología médica para diferenciarse de la mayoría de los habitantes del castillo, que no tenían ni idea de medicina—. Pero Lilo no le guarda rencor. Hoy en día todo lo decide el destino, y ¿qué se puede hacer para cambiarlo?

Los pocos niños que ingresaron en el castillo de las Polillas con una misteriosa enfermedad llamada «tuberculosis ganglionar», de la que August nunca ha vuelto a oír hablar, se sentaban en una mesa larga

situada entre el grupo de mujeres y los pacientes de la sala de hombres. August está seguro de que él se sentaba entre Klaus y Ede, pero no consigue recordar qué les daban para comer. No debía de ser mucho, pues nunca se llenaban del todo. Había una cocinera que seguramente disponía de patatas, nabos, zanahorias y coles, pero en el caldo no flotaban glóbulos de grasa y es poco probable que les sirvieran carne.

Se fijó en Lilo por primera vez al verla discutiendo con la enfermera jefa, que quería prohibir a las mujeres que se tostaran las rebanadas de pan en la pequeña estufa de hierro de la pared del fondo de la gran sala. Lilo no entendía la prohibición, le parecía exagerada, y así se lo espetó a la enfermera jefa, la responsable del orden y la seguridad en todas las salas. Le dijo que ese pan apelmazado y reblandecido solo era comestible si se tostaba un poco. Naturalmente no había mantequilla para untarlo, y la mermelada de remolacha se acababa siempre durante el desayuno.

—¡Da igual! —gritó la enfermera jefa, pero Lilo se limitó a dar media vuelta y entrar en la sala de las mujeres, que siguieron tostando el pan. August había observado toda la escena desde la puerta de la sala de hombres, que se hallaba justo enfrente, al otro lado del pasillo. Hasta entonces no se le había ocurrido que se le pudiera llevar la contraria a la enfermera jefa.

Lilo le pareció guapa, y sigue pensando lo mismo hoy, desde el asiento de conductor de un autocar que lleva a un animado grupo de jubilados de Praga a Berlín. Ni siquiera escuchan las explicaciones que intenta darles la guía, la señora Richter, sobre las montañas de arenisca del Elba; prefieren enseñarse los recuerdos que han comprado en Praga a precio de saldo, y luego quieren cantar. El señor Walter es quien da el tono; incluso se levanta de su asiento en primera fila y se da la vuelta para dirigir al coro, que canta a voz en grito la canción popular *En la landa de Luneburgo*. August prefiere que haya silencio en su autocar, lo que más le gusta es que los pasajeros duerman. Disfruta mucho de la carretera que discurre junto al Elba, sea cual sea la época del año y el momento del día. Los jubilados cantores que viajan tras él no reparan en el paisaje. Intercambia una mirada con la

señora Richter, con la que suele viajar a menudo; ella se encoge de hombros y se deja caer en su asiento. Ya no necesita el micrófono.

A Lilo también le gustaba cantar, a menudo se oían canciones procedentes de la sala de mujeres. August aún recuerda la primera vez que se coló allí: el corazón le latía con fuerza y, cuando se hubo asegurado de que nadie iba a echarlo, se sentó con naturalidad en una silla junto a la estufa de hierro y se puso a escuchar las canciones. Algunos días, Ilse, la estudiante de enfermería, se sentaba a su lado y a veces se unía a Lilo cuando entonaba una canción popular, como *Quien quiera caminar con auténtica alegría*. August aún recuerda la letra, pero no ha vuelto a cantar desde entonces. En ningún otro lugar ni con ninguna otra persona. Trude no cantaba especialmente bien. Pero nunca olvidará el día en que Lilo pasó a su lado después de terminar de cantar y le dijo:

—Veo que te gusta la música, ¿verdad?

Luego le preguntó cómo se llamaba y él tuvo que decirle su nombre: August. Lilo lo repitió pronunciándolo de forma muy distinta a los demás, y a partir de entonces le gustó oírla decir su nombre. Porque desde ese día se convirtió en su sombra.

Se podría decir que la seguía a todos lados, sin importarle si ella se daba cuenta o si quería que la siguiera: él hacía lo que tenía que hacer.

Llegó el invierno y el castillo de las Polillas se convirtió en un palacio de hielo. La enfermera jefa se pasaba el día echando pestes de las autoridades, que habían desterrado a los enfermos pulmonares a una región pantanosa donde el suelo emanaba vapores tóxicos en otoño con la evidente intención de dejarlos morir de frío durante el invierno. Conseguía que el viejo médico, que venía una vez a la semana desde Boltenhagen para examinar los casos más preocupantes y practicar un neumotórax terapéutico a los más graves, escuchara sus quejas mientras recorrían el largo pasillo que llevaba a la sala de curas: aquel clima era un caldo de cultivo para los resfriados, decía, que se añadían a la infección primaria que todos padecían y que, como el médico no iba a negar, a menudo tenían consecuencias catastróficas. El médico no lo negaba, no negaba nada; se limitaba a sugerir que un poco más de grasa favorecería la curación de la enfermedad pulmonar, pero la enfermera jefa no sabía de dónde sacar grasa porque no había ni para

los sanos ni para los enfermos, ni siquiera más de un año después del fin de la guerra. Entonces la enfermera jefa guardaba silencio y llamaba uno por uno a los pacientes que debían hacerse una radiografía en la sala de curas. El aparato se encontraba en el centro de dicha sala, y debían arrimarse a él con el torso desnudo para que el médico analizara la brillante imagen verde del interior del cuerpo desde el otro lado del cristal y le dictara a la enfermera jefa lo que veía. A Lilo le encontró un infiltrado en el tercer espacio intercostal derecho que debía de ser bastante benigno, porque no se convirtió en una cavidad tuberculosa con el paso de las semanas, como por desgracia solía ocurrir con otros pacientes. Fue el caso de Gabi que, junto a Ingelore, era la mejor amiga de Lilo. Gabi estaba muy delgada, era «un saco de huesos», como decía la enfermera jefa con desaprobación, y como era de esperar, la inofensiva sombra con la que había ingresado se convirtió de la noche a la mañana en esa cavidad de la que Gabi no debía saber nada. Lilo, en cambio, lo sabía todo. Debido a la escasez de personal en el castillo de las Polillas la habían ascendido a enfermera auxiliar, por así decirlo. Uno de sus cometidos era leer y anotar cada cierto tiempo los resultados de la sedimentación de los tubitos de sangre alineados en una estructura de madera en el despacho de la enfermera jefa, que proporcionaban a los médicos pistas importantes para los diagnósticos. Como August quería saberlo todo acerca de Lilo, no la dejó en paz hasta que ella le reveló a grandes rasgos los secretos de la sedimentación de la sangre: consistía en medir el nivel de glóbulos rojos en los tubos de medición a intervalos determinados; cuanto más alto era el valor, peor el resultado. Lo mejor era que no superase los diez puntos, como en el caso de Lilo, que era ideal, según la enfermera jefa. Pero eso significaba que Lilo no podía evitar ser consciente de la gravedad del estado de otros pacientes. La enfermera jefa, sin saber qué otra cosa hacer, le hizo prometer que lo mantendría en secreto y ella lo cumplió. August lo entendía perfectamente y respetaba su silencio. Lilo siempre actuaba de forma ejemplar, no sabía hacer lo contrario.

Por eso no le comentó nada a Gabi sobre sus valores de sedimentación ni sobre el hecho de que el viejo doctor se hubiera negado a practicarle un neumotórax, que consistía en introducir aire

en los pulmones para hincharlos y comprimir así las zonas feas —como las llamaba la enfermera jefa— para que las polillas perdieran el sustento que necesitaban para vivir. Gabi, a diferencia de la mayoría de los enfermos, tampoco hizo preguntas sobre su estado. Era pura alegría, como decía la enfermera jefa. Y tenía razón: en el rincón donde Lilo, Ingelore y Gabi yacían una al lado de la otra durante las curas de reposo, a menudo estallaban carcajadas que resonaban en la sala de mujeres. No todas lo aprobaban. La señorita Schnell, por ejemplo, que se sentaba en su cama y se depilaba con unas pinzas el abundante vello que le crecía en la barbilla, consideraba que el comportamiento de las tres amigas era de lo más desconsiderado.

—Es la envidia de los que no tienen nada —decía Gabi.

En realidad, por lo que August fue descubriendo poco a poco, ella tampoco tenía a nadie: estaba completamente sola en el mundo, igual que él. Se lo contó ella misma en las numerosas ocasiones en las que se sentaba en su sillita de la sala de mujeres, donde se colaba cada vez con más frecuencia, hasta que ya a nadie se le ocurría echarlo porque ni siquiera reparaban en él. La madre de Gabi también había muerto después de la huida. Y también a causa de las polillas, naturalmente, en otro hospital donde Gabi ya había compartido habitación con Lilo y le había contado lo que August estaba a punto de descubrir: que Gabi y su madre habían estado viviendo en un mísero cuartucho subarrendado donde apenas podían lavarse, con una casera que parecía una bruja. A August se le quedó grabado ese detalle, y lo recuerda mientras conduce el autocar hacia las afueras de Dresde. Ahora que deberían estar preparándose para bajar, los jubilados duermen detrás de él. Ya está acostumbrado. «En el castillo de las Polillas sí podíamos lavarnos», piensa, «aunque solo con agua fría».

—Eso curte —decía la enfermera jefa. Aún puede verla ante sí, a ella y al lúgubre cuarto de baño con los lavamanos rotos. August no tuvo baño propio hasta mucho tiempo después del final de la guerra. Primero vinieron los años en el orfanato, que no le gusta recordar, y luego estuvo formándose como aprendiz de cerrajero en la empresa estatal y viviendo en la residencia de aprendices, donde las duchas también eran comunitarias. Por eso no conocía otra cosa.

Aún recuerda la afortunada casualidad que lo llevó a cubrir un trayecto como copiloto en un camión de la empresa para sustituir a un compañero enfermo, y lo mucho que disfrutó viajando. Por primera vez había algo que le gustaba, eso no lo ha olvidado. Y por primera vez había algo que deseaba: ser camionero. Sin esperar a saber qué querían los demás de él, como solía hacer, acudió por su propio pie al departamento de Personal. Todavía puede ver al encargado dudando mientras hojeaba su expediente.

—Sí, por supuesto, ser camionero es una profesión con mucha responsabilidad, lo sé —dijo August, que no era muy hablador.

El empleado le explicó que la empresa tenía su propia autoescuela —eso August también lo sabía—, pero que el siguiente curso estaba completo, a menos que alguien renunciara a su plaza. August iba todos los días al departamento de Personal y preguntaba si había habido alguna baja, hasta que un día, poco antes de que arrancara el nuevo curso, el encargado lo saludó agitando el permiso, que ya estaba a su nombre y lo autorizaba a asistir a la autoescuela para aprender a conducir un camión. August no estaba acostumbrado a la alegría, era una sensación extraña. Últimamente piensa en ello a menudo.

Aún recuerda la cara que puso Lilo el día en que a Gabi ya no le permitieron asistir al comedor comunitario. Le aseguró que sería temporal y llamó a la enfermera Ilse —que a partir de entonces sería la encargada de llevarle la comida a la cama— para que lo corroborara. Ilse asintió compungida, pero al otro lado de la puerta August oyó que le decía a Lilo:

—¡Por la sedimentación de la sangre! —Su tono era casi de reproche, como si Lilo fuera la responsable de los preocupantes resultados de Gabi. Pero Lilo, en lugar de ir al gran comedor, volvió con Gabi e intentó embucharle la comida que tenía en el plato, porque había empezado a rechazarla. August sabía que Lilo podía ser muy amable pero, de repente, volverse muy brusca. Le pedía a Gabi que pensara cuántas personas, en los tiempos que corrían, serían felices si tuvieran un plato como ese para almorzar. A nadie le gustaba comer nabos todos los días, naturalmente, por eso debía imaginarse que eran

patatas con mantequilla y guisantes, o cualquier otra cosa que le gustara:

—Arroz con leche con azúcar, canela y mantequilla tostada —dijo Gabi casi escandalizada, y Lilo respondió:

—Pues adelante. Por mí, perfecto. —Y siguió atiborrándola. Luego cantaron un poco y Gabi entonó su canción favorita: «Oh, mi papá es un payaso maravilloso, oh, mi papá es un gran artista». Cuando Lilo salió de la habitación parecía estar llorando y, al llegar a la escalera de piedra, se le cayó el plato que llevaba en las manos. August la ayudó a recoger los pedazos.

—Siempre estás cerca —le dijo, y él asintió.

Ella toleraba su presencia y las burlas de las pacientes de la sala de mujeres, que decían que Lilo era la princesa y August, su paje. August no sabía lo que era un paje, pero cuando Lilo le preguntó si conocía el significado de esa palabra se acordó del cuento de la Bella Durmiente, que su madre le había leído una vez. Apenas recordaba el rostro de su madre, pero de repente vio claramente ante sí sus manos sosteniendo el libro. Lilo no necesitaba ningún libro, se sabía el cuento de memoria y lo contaba por las noches, antes de la hora de acostarse, en el rincón de los niños de la sala de hombres. Aquello habría sido lo más bonito que August podía imaginar de no ser porque tenía que compartir esa preciosa experiencia con los demás niños, con Klaus y Anneliese y Ede. Y también porque, al terminar, Lilo se inclinaba sobre la cama de cada uno de ellos y les deseaba las buenas noches; no solo a él, también a los demás. Aun así, estaba seguro de que ella le pertenecía. Pero tenía que admitir, como la propia Lilo le hizo observar, que Klaus y Anneliese —cuya madre, la señora Wittkowski, yacía en una pequeña estancia de la sala de mujeres donde se trasladaban los casos más graves— también tenían derecho a la canción de buenas noches, igual que Ede, por supuesto, que ni siquiera sabía cómo se llamaba cuando lo rescataron de una caravana de refugiados donde no había nadie que lo conociera. O que quisiera conocerlo, porque Ede era un niño salvaje e impredecible, según la enfermera jefa. Difícil de aguantar. No tenía fecha de nacimiento, lugar de origen ni apellido. Cuando le ofrecieron un lápiz y una hoja de papel, garabateó «EDE», de lo que se podía deducir que había ido al colegio por lo menos un

par de meses. Lo apellidaron «Findling», que significa «expósito». Ede Findling, le quedaba bien.

—Está loco de atar —decía la enfermera jefa —debería estar en otro sitio.

—No está loco —replicaba Lilo—, tiene una herida causada por algo que ha vivido y que ha sido demasiado para él. Por eso ha olvidado todo lo demás.

Ede agredía a cualquiera sin motivo alguno, golpeaba, arañaba y escupía, y tenían que sujetarlo entre dos hombres para contenerlo. Por la noche se quedaba muy quieto durante la canción de antes de acostarse. Cuando Lilo quería desearle las buenas noches, él le daba la espalda. August no soportaba a Ede, pero sabía que era imposible que fuera el favorito de Lilo. En ese aspecto podía estar tranquilo. Mucho peor era el caso de Hannelörchen, en todos los sentidos. Hannelörchen no tendría más de cinco años. Cuando la encontraron llevaba consigo unos papeles, una bolsa escondida en el pecho con varios documentos y una cartita escrita por su madre dirigida al buen samaritano que encontraría a su hija si a ella le ocurría algo. Le pedía que, por el amor de Dios, se hiciera cargo de la niña.

A August no le gustan las periferias de las grandes ciudades, llenas de centros comerciales feos, aparcamientos inabarcables, concesionarios que compiten entre sí con exagerados eslóganes publicitarios y restaurantes de comida rápida que August nunca frecuenta. Suele traerse sus propios sándwiches, aunque ya no estén preparados con tanto cariño como cuando Trude vivía. Todavía no tiene hambre.

Debe concentrarse en la circunvalación, cada año más congestionada, y en las obras que nunca terminan, solo cambian de ubicación, y provocan continuos atascos que alargan la duración del viaje. August mantiene la calma. Nunca se impacienta.

—Tienes más paciencia que un santo —le decía Trude a menudo.

Nunca pierde los estribos. Sus compañeros aprecian esa virtud, aunque a veces lo consideran un poco aburrido. Al principio, cuando se reunían durante el descanso, lo animaban a participar en sus conversaciones, pero ¿qué iba a decir? No tenía quejas de su mujer ni ningún divorcio del que hablar, y tampoco podía lamentar ninguna

discusión con los niños porque no tenía. Trude y él lo habían acordado tácitamente, sin discutirlo siquiera. No les faltaba nada. Y cuando su esposa murió dos años atrás, no tuvo a nadie con quien hablar de ello.

Hannelörchen disponía de la habitación más pequeña para ella sola. Los demás pacientes lo aceptaban como algo natural. Aunque solían mantener largas y acaloradas discusiones sobre el curso de sus respectivas enfermedades, diagnósticos y posibles fechas de alta, nunca hablaban de la niña, como si no existiera. La única que tenía que hacer una excepción era Lilo, desde luego. A August no le gustaba que entrara en la habitación de la pequeña, porque sabía que le cantaba canciones o le leía cuentos. También sabía que no debía acompañarla ahí dentro. Las cosas cambiaron el día en que la enfermera jefa interrumpió a Lilo mientras cantaba la hermosa canción *Ha salido la luna*. La hizo salir al pasillo sin permitirle que terminara y le prohibió que siguiera visitando a Hannelörchen. ¿No sabía lo grave que estaba y lo contagiosa que era esa niña? ¿Acaso quería contagiarse ella también? No, Lilo no quería, pero ahora no podía dejarla sola, ¿qué pensaría? Se quedaría junto a la puerta, sin acercarse a su cama, donde seguramente revoloteaba un denso enjambre de polillas. Y eso fue lo que hizo, sin importarle lo que dijera la enfermera jefa.

—¿Sabéis cuál es la frase favorita de Hannelörchen? —dijo Lilo una tarde—. «Por lo que más quiera, tres caramelos por mi vida entera.»

Pero ni siquiera tenían tres caramelos para darle. Cuando Lilo se despedía de ella, la niña le decía:

—Venga lo que venga, ¡que no se detenga!

—Su madre debía de ser muy divertida —decía la enfermera jefa. Pronto la enfermera Ilse se negó a extraer sangre a Hannelörchen y la enfermera Erika también se declaró incapaz de pinchar su delgado bracito. Así que Lilo no pudo anotar los últimos resultados de la velocidad de sedimentación de Hannelörchen, pero ya no era necesario. Al menos eso le dijo Harry. A Lilo ese comentario le dolió, pero aun así salió a dar un paseo con él.

Dresde. August aún recuerda la ciudad en ruinas. Ha vivido todas las etapas de su reconstrucción y le gusta estar aquí. Sabe cuál es la mejor ruta para llegar al centro, dónde aparcar después de haber

dejado a los pasajeros en el Italienisches Dörfchen, el restaurante donde quieren comer sin falta. Lo invitan, pero él rehúsa. Se compra una salchicha en un puesto de la calle y se dirige a la iglesia de Nuestra Señora, como siempre que va a la ciudad. No creía que serían capaces de reconstruirla, y lo emociona profundamente saber que está casi terminada. No es creyente, Trude y él nunca iban a misa ni se casaron por la Iglesia. La ceremonia en el registro civil fue bastante sobria, pero luego tomaron una copa de champán en un restaurante bueno por primera vez en su vida con un espíritu alegre, casi festivo. A August lo reconforta ver la iglesia erguida de nuevo, aunque ni siquiera podría explicar por qué. Luego, cuando sube a la Brühlsche Terrasse, el mirador elevado, y observa las montañas de nubes sobre el Elba, se siente en paz.

El viaje continúa puntualmente. Cada vez que pasa por el nudo de autopistas de Spreewald, August recuerda los días maravillosos que Trude y él pasaron allí. No solían viajar mucho, él no quería estar fuera de casa también durante las vacaciones y Trude era una persona más bien hogareña. Por eso los recuerdos de los pocos viajes que hicieron son aún más vívidos. La mayoría de las veces pasaban las vacaciones en su balcón, que Trude había convertido con mucho cariño en un oasis de flores. Cuando se sentaban allí por las tardes y tomaban café y tartas caseras, él se mostraba absolutamente satisfecho y ella se daba cuenta de que era un hombre fácil de contentar. Ha tenido una buena vida, nadie se lo puede discutir. August no sabe si ha cambiado desde que era pequeño, pero recuerda perfectamente que Lilo le dijo una vez:

—Nunca tienes bastante.

Era cierto: hiciera lo que hiciera Lilo, ya fuera cantarles canciones a los niños, contarles cuentos o recitarles poemas, August no se cansaba de escucharla. Le rogaba hasta que ella le recitaba una vez más su poema favorito y él volvía a estremecerse con el último verso: «En sus brazos, el niño estaba muerto». Anneliese y Klaus preferían el poema del aprendiz de mago, que representaban como si fuera una obra de teatro. Incluso Ede participaba cuando llegaban al pasaje de las inundaciones. Una noche, sin embargo, un nuevo poema superó todos los que Lilo les había recitado hasta entonces, y August repitió la

historia para sí hasta bien entrada la noche. No sabía qué era un tirano, pero había entendido que el poema trataba de un hombre dispuesto a dar la vida por su amigo. Eran unos versos espeluznantes que August se aprendió de memoria: «Te dejo a mi amigo como garantía. Si me escapo, puedes estrangularlo». Nunca había sentido tanto miedo como el que sentía por la vida de ese hombre, ni tanta felicidad como cuando la lealtad de su amigo lo salvaba.

Al día siguiente, fue a ver a Lilo y le preguntó:

—¿Somos amigos?

Ella le acarició la cabeza y le dijo:

—Sí.

Y, sin embargo, Lilo salía a pasear con Harry, y a August lo atormentaba la idea de que pudieran ser novios. Los días inhóspitos, lluviosos y fríos de otoño caminaban abriéndose paso por entre la maleza del jardín descuidado y hablaban. ¿Qué tenía Lilo que decirle a ese Harry? Ni siquiera era guapo, con ese pelo rubio ondulado y la nariz aguileña; siempre tenía una sonrisa burlona en los labios y era incapaz de hablar sin agitar los brazos frenéticamente. Lilo lo miraba de reojo pero lo escuchaba.

August no recuerda haber visto el sol en todo ese otoño. La lluvia azotaba sin tregua los cristales de las ventanas; las ramas podridas de los viejos árboles, que se habían quedado desnudos a principios de año, caían con estrépito y en los terrenos pantanosos que rodeaban el castillo se formaban grandes charcos. La enfermera jefa opinaba que era un auténtico despropósito y que quienes enviaban a los enfermos pulmonares a una zona como esa merecían un castigo ejemplar. Eso mismo le decía sin rodeos a la joven doctora durante sus visitas, pero esta se limitaba a encogerse de hombros. ¿Adónde iban a enviar a los enfermos, si no?

Lo cierto es que podían darse por satisfechos cuando la doctora hacía la ronda de visitas en lugar de pasarse el día entero encerrada en su habitación en la parte alta del castillo, resacosa por los excesos de la noche anterior. Todas estas palabras las oyó August por primera vez en boca de la enfermera jefa y suscitaron numerosos cuchicheos entre los niños. Ellos mismos habían visto a la doctora vomitando a primera hora de la mañana por encima de la balaustrada de piedra de la

terraza, contigua al comedor donde había pasado la noche de parranda con sus camaradas, no precisamente sin hacer ruido. En opinión de la enfermera jefa, no conocían la palabra «consideración». El maestro del pueblo participaba en las juergas con regularidad, así como el farmacéutico de la capital de distrito y otros personajes venidos a menos, existencias rotas que el fin de la guerra había arrastrado y dejado allí varadas. Solo Dios sabía de dónde sacaban el alcohol, que consumían en abundancia.

No se podía decir, por cierto, que la doctora, de melena larga y oscura, figura esbelta y ojos verdes, fuera fea. Era normal, pues, que atrajera a los hombres como un tarro de miel a las abejas, y puede que quisiera recuperar los años de juventud que la guerra le había arrebatado. Pero la medicina no era lo suyo: recorría rápidamente las habitaciones, era incapaz de recordar los nombres de los pacientes, por mucho tiempo que llevaran allí, y estaba aún menos familiarizada con los cuadros clínicos. Hojeaba con ademán nervioso los historiales cuando el viejo doctor de Boltenhagen le pedía algún dato, y a los enfermos les divertía ver que la enfermera jefa, que se sabía los diagnósticos al dedillo, guardaba un silencio obstinado y se negaba a echarle una mano. A fin de cuentas, era a la doctora a quien el médico consultaba si a un paciente se le debía practicar un neumotórax o no. Esta cuestión suscitaba eternos debates en las habitaciones de los pacientes, porque, naturalmente, los más veteranos ya se habían forjado su propia opinión sobre el tratamiento más adecuado para cada uno. También sabían lo que significaba que el médico renunciara al neumotórax, aunque a alguno de ellos se le hubiera agrandado la cavidad, porque a veces la enfermedad llegaba a un estadio en el que ya no había nada que hacer. Solo había medicamentos en el oeste, en la zona estadounidense, y tampoco había grasa, que era lo único que podía ayudar. La señorita Schnell, de la sala de mujeres, sabía que la grasa de tejón hacía milagros, pero ¿de dónde iban a sacarla? Y en la sala de hombres surgió el rumor de que algunos se habían curado bebiéndose su propia orina.

Pero muchos simplemente morían. Nunca se notificaba, ninguna de las enfermeras lo decía. Se extendía un silencio extraño e inusual. Siempre había quienes habían vaticinado precisamente esa defunción,

pero incluso ellos callaban durante un tiempo, aunque no más de un día. Hasta que el ataúd salía del castillo. Cuando esto sucedía, los internos lo sabían con infalible certeza gracias a una fuente nunca investigada. Se reunían a la hora exacta tras las ventanas que daban a la salida trasera. Allí se encontraba ya el carro de dos ruedas cubierto de negro que transportaría el féretro hasta la pequeña capilla del jardín. De pie junto al carro estaban los que habían de empujarlo: Karle, el conserje, y dos o tres pacientes de la sala de hombres. August se dio cuenta de que Harry nunca faltaba. Pero lo único que querían ver todos era el ataúd: necesitaban saber si sacarían el cadáver con la cabeza o con los pies por delante. Porque, si sacaban primero los pies, significaba que pronto otro muerto seguiría sus pasos, por así decirlo. Era un hecho consumado.

Los niños, por supuesto, no debían ver ni oír nada, los ahuyentaban una y otra vez, pero lo veían y oían todo y lo debatían en susurros. August, que tiene que hacer un descanso a petición de los jubilados y estira las piernas al borde de un pinar ralo, lo ve todo ante sí como si fuera una película reciente. Aunque hay muchas otras cosas que ha olvidado porque no merecía la pena recordar, cree que esa la conservará en la memoria. Tampoco se puede decir que haya vivido grandes experiencias. Salvo todo lo relacionado con Trude, que recuerda como si fuera ayer. La recuerda a ella, siempre sentada con su bata blanca junto a la caja de la tienda donde él iba a comprar al terminar su turno. Lo reconocía y empezó a saludarlo, y lo ayudaba a meter la compra en la bolsa porque él era demasiado torpe. Recuerda que, un día, salieron de la tienda al mismo tiempo y ella lo acompañó un trecho porque se habían dado cuenta de que vivían en la misma dirección. Y de que ninguno de los dos estaba casado. Trude era un año mayor que él. Una vez, ella subió a su casa porque él no sabía ni por dónde empezar a cocinar el plato cuyos ingredientes había comprado en su tienda. Así pues, Trude guisó albóndigas de Königsberg para ambos y se las comieron juntos. Estaban deliciosas, pero no pasó nada más. Eso habría sido aún mejor, pensó August, y sigue pensándolo hoy en día.

El viaje prosigue. Los jubilados han vuelto a animarse. El autocar se acerca ahora a la zona de Bestensee, donde Trude nació y creció. Los

pasajeros vuelven a tener ganas de cantar; casi todos conocen *Ännchen de Tharau*, incluso August. Se da cuenta de que, después de su estancia en el sanatorio, donde él y los demás cantaban con Lilo, apenas ha vuelto a hacerlo. Un hombre adulto solo canta si está borracho. Trude a veces tarareaba mientras trasteaba en la cocina, y a veces incluso cantaba en voz baja *¿Por qué lloras, hermosa jardinera?* o *Tres lirios, tres lirios, los planté en mi tumba*. A August le gustaba oírla porque sabía que estaba contenta.

Cuando en noviembre sacaron el ataúd de Gabi, Lilo lo acompañó bajo una lluvia torrencial hasta la capilla y August no volvió a verla en todo el día, aunque la buscó por todo el castillo.

—Hoy tienes que dejarla en paz, jovencito —le dijo la enfermera jefa al pasar junto a él, y August se acurrucó en la cama y el señor Grigoleit suspiró:

—La muerte es un juez cruel.

Pero aquella muerte trajo algo bueno, aunque August sabía que no estaba bien albergar esa clase de pensamientos: Lilo ya no salía a pasear con Harry, y cuando él la acechaba en el jardín, ella daba media vuelta y lo dejaba plantado, mientras que a August sí le permitía acompañarla. Todo el mundo hablaba de ello, y August, como era de esperar, también se enteró de lo que había ocurrido. En el castillo de las Polillas existía una prueba de valor: la primera noche en la que un cadáver yacía en la capilla, los más valientes tenían que entrar a la hora de los fantasmas y tocar el ataúd con la mano. Tenía que haber al menos un testigo, y al día siguiente el héroe se jactaba de su hazaña. Harry, que siempre estaba dispuesto a presumir ante los demás, anunció a sus amigos más cercanos y también a Lilo que sería él quien tocaría el ataúd de Gabi la primera noche. Lilo se lo prohibió con palabras airadas. Pero él, Harry, no podía quedar en ridículo ante sus amigos e hizo lo que había anunciado frente a los testigos pertinentes, quienes se encargaron también de que al día siguiente todos los pacientes del castillo de las Polillas lo supieran. Se ve que Lilo no dijo ni una palabra, pero dejó de hablar con Harry y, por supuesto, no volvió a pasear con él. El señor Grigoleit dijo que, para ella, eso era profanar el descanso de los muertos, y añadió que Harry era un insensible.

August atraviesa ahora con el autocar los barrios periféricos de Berlín, donde el tráfico es denso y caótico. «Ya soy mayor para esto», piensa cada vez; ahora tiene que concentrarse mucho, y se nota más cansado conforme pasan los años. «Ha llegado el tiempo del cielo gris y las calles embarradas», se dice. Típico de Berlín. Pero no lo piensa en serio: él y Trude nunca quisieron vivir en otra ciudad. Aunque Trude solía decir que él era, en realidad, un granjero que debería estar en el campo. A August no le disgustaba oírlo, y recuerda que Lilo también lo llamó una vez «mi pequeño granjero». Fue cuando él le llevó unas patatas que había recogido en un campo vecino y que una noche, cuando las mujeres de la cocina ya se habían ido, hirvieron y devoraron a escondidas. Quizá fuera lo más bonito que August había vivido con Lilo. A cambio, ella a veces le daba un poco del sirope de remolacha que le había traído un día su padre, quien acababa de regresar del cautiverio como prisionero de guerra y había encontrado a su familia viviendo en un granero de un pueblo de Mecklemburgo. Lilo sabía cómo se elaboraba el sirope y le contó a August que lo removían durante horas en el lavadero de los campesinos que habían dado cobijo a su familia tras la huida del este. Lilo tomaba una taza de sirope todas las tardes.

—Por fin está engordando —decía la enfermera jefa—. Esa cosa dulce puede salvarle la vida.

En cambio, Hannelörchen murió, precisamente en Navidad. Lilo no había dejado de visitarla en sus últimos días, sin importarle lo que opinara la enfermera jefa. Esta decía que quizá algunas personas tuvieran un ángel de la guarda, y August estaba convencido de que Lilo era una de ellas. Cuando sacaron el pequeño ataúd de Hannelörchen, los pacientes que tenían permiso para levantarse se reunieron en el vestíbulo y cantaron *Desde lo alto del cielo, de allí vengo*. Y el señor Grigoleit dijo:

—Lo que el Señor ama, lo toma para sí.

Entonces Lilo le espetó:

—El Señor no es un ladrón.

Nunca se supo si alguien se había atrevido a colarse en la capilla a medianoche para tocar el ataúd de Hannelörchen, pero hoy August

sigue convencido de que ninguno de los pacientes habría sido capaz de ofender a la pequeña difunta.

August recuerda que, la noche en que murió Hannelörchen, Lilo no les cantó la canción de buenas noches a los niños. Se sentó en silencio en la cama de August, como siempre, y él le preguntó en voz baja, para que los demás no lo oyeran:

—¿Estás triste?

—Sí —respondió ella en el mismo tono, y August sintió y sigue sintiendo que nunca estaría más cerca de Lilo, y aprendió que la tristeza y la felicidad pueden entremezclarse. Mientras conduce hacia Alexanderplatz se pregunta si ha vuelto a experimentar esa sensación desde entonces, pero no recuerda otro momento parecido. Quizá aprendió lo más importante de toda su vida muy pronto, con la ayuda de una persona por la que sentía algo que no sabía expresar con palabras. Ni siquiera ahora, tantos años después, osaría decir esa palabra en voz alta, ni siquiera para sus adentros. No es por timidez, pues no se le ocurriría describirse como una persona tímida. De hecho, nunca se ha parado a reflexionar sobre su propia personalidad. Trude a veces lo miraba de una forma determinada que le daba a entender que ella sí que lo conocía a fondo, y con eso le bastaba. Recuerda que una vez, cuando le pidió que se casara con ella, Trude le atribuyó una cualidad positiva:

—Creo que eres un buen hombre —le dijo.

Ese único cumplido sirvió para todos los años de su matrimonio.

Un día, oyó a uno de sus compañeros decirle a otro que no era muy inteligente, pero no le dolió. De hecho, ya lo sabía.

—No eres un chico de colegio, August —le había dicho Lilo después de las primeras clases a las que asistieron juntos. Como el pueblo no disponía de suficiente espacio debido a la gran cantidad de refugiados que había acogido, se había habilitado un aula en el castillo donde el señor Bauer, un joven profesor recién salido del horno, daba clase a los niños del pueblo y a los enfermos. En realidad, el señor Bauer todavía parecía un alumno, pensaba August, que sentía simpatía por el joven maestro. Por desgracia, Lilo parecía albergar el mismo sentimiento, ya que casi siempre estaba en el aula y ayudaba al profesor a dar clase cuando era necesario. August la oyó dirigirse a él

por su nombre de pila, Rainer, y eso no le gustó nada. ¿Cuándo lo habría averiguado? ¿El profesor también se dirigía a ella por su nombre de pila?

Muy a su pesar, August tuvo que admitir que la ayuda de Lilo en el aula era casi imprescindible, pues la mayoría de los niños procedían de familias de refugiados y llevaban mucho tiempo sin pisar una escuela.

—Son una panda de salvajes —protestaba la enfermera jefa cuando subían y bajaban las escaleras del castillo con un ruido ensordecedor y cuando tiraban las hojas de sus cuadernos convertidas en pelotas mojadas desde la terraza del primer piso, que comunicaba con el aula. No les importaba lo difícil que fuese conseguir un cuaderno escolar.

—Son casos perdidos —refunfuñaba la enfermera jefa—, no tienen remedio.

August, naturalmente, no participaba en aquellas fechorías. Klaus y Anneliese, los otros niños del castillo de las Polillas, también se mantenían al margen, pero a Ede le bastaba cualquier excusa para perder los estribos, y el señor Bauer y Lilo apenas conseguían mantenerlo a raya. Ni que decir tiene que era uno de los peores estudiantes. Pero al contrario que August, quien guardaba silencio cuando le preguntaban y no sabía la respuesta, Ede se inventaba respuestas descabelladas y se empeñaba en defenderlas. Un día, el señor Bauer devolvió a sus alumnos los cuadernos con los dictados que habían hecho unos días antes corregidos. Calificó los resultados de «sumamente tristes», incluso él mismo parecía triste. En la hoja de August prácticamente solo había tinta roja, y Lilo se encogió de hombros con resignación cuando se la entregó. La verdad es que había escrito mal casi todas aquellas palabras tan sencillas y, por desgracia, merecía con creces el suspenso que había sacado. Además, el señor Bauer se había visto obligado a ponerle un cero a Ede. Al ver aquella nota, el chico profirió un grito de rabia, cogió el cuaderno y salió corriendo a la terraza, donde se encaramó a la balaustrada de piedra y amenazó con saltar. De repente, se hizo el silencio y solo se oyó a Klaus decir:

—Lo va a hacer.

August vio que el señor Bauer había empalidecido y que Lilo corría hacia la puerta de la terraza; a continuación la oyó hablar con Ede: le

dijo que una nota en un trabajo de clase no era tan importante como para tirarse al vacío. El chico gritó que siempre era el peor de todos, que nadie lo soportaba y que ya estaba harto.

—¡Voy a saltar! —chilló amenazadoramente. August vio cómo Lilo se acercaba a él con pasos muy pequeños y le hablaba con ese tono que tanto le gustaba. ¿Ni siquiera ella lo soportaba, era eso lo que creía? ¿Podía imaginarse lo triste que se pondría si saltaba, con la cantidad de cosas bonitas que les quedaban por hacer juntos?

Ede parecía escucharla pero, para disimular, la interrumpió y repitió a voz en grito:

—¡Voy a saltar! —Y con un amplio gesto tiró el cuaderno que contenía el dictado.

—No pasa nada —dijo Lilo con dulzura—, te daré un cuaderno nuevo con las palabras bien escritas.

—¡Voy a saltar!

—Sé que eso es lo que quieres —dijo Lilo—, pero ¿podrías quedarte con nosotros si te lo pido yo? ¡Hazlo por mí!

Ya se había acercado mucho a él, estaba tan cerca que le bastó con un paso más para alcanzarlo, lo abrazó y lo ayudó a bajar de la balaustrada. Permanecieron un rato abrazados, luego ella le rodeó el hombro con el brazo y lo condujo de vuelta al aula, a su silla. August vio cómo le indicaba por señas al señor Bauer que no hiciera ningún comentario, y él lo entendió y retomó la lección como si nada hubiera pasado. El resto de la clase transcurrió en el silencio más absoluto.

Empezaba a anochecer al entrar en la ciudad y ahora es casi noche cerrada, August tiene que encender los faros y se cruza con largas hileras de faros dobles que circulan por el carril contrario. Últimamente se cansa cuando llega esa hora, le pide a la señora Richter que le sirva un poco de café de su termo y se lo toma, le sienta bien. Ya han dejado atrás la estación Ostbahnhof, completamente renovada. Intercambia unas palabras con la señora Richter sobre sus pasajeros, de los que no pueden quejarse, y sobre el tiempo. August dice que quizá hoy vuelva a nevar. En noviembre hay que contar con esa posibilidad.

—Usted siempre cuenta con todo —responde la señora Richter, que lo conoce muy bien. August, por su parte, está al corriente de la difícil

relación que tiene ella con su pareja infiel, a quien sigue amando a pesar de todo. August no lo entiende, pero no la juzga y la escucha atentamente cuando ella necesita desahogarse una vez más. No tiene a nadie que sepa escuchar tan bien como él.

Nunca destacó en lengua, por mucho que Lilo repasara ortografía con él y Ede por las tardes. Por un lado, esperaba con ansia aquellos momentos en que ella le prestaba toda su atención, pero por otro le molestaba la presencia de Ede. A él no le apetecía estudiar y apenas avanzaba, mientras que August hacía modestos progresos, de modo que más adelante, cuando empezó a ir a la escuela propiamente dicha, llegó a aprobar los dictados, aunque por los pelos. Pero leía bien, y Lilo lo elogiaba a menudo por ello. No hace falta decir que no podía compararse con Klaus y Anneliese, que eran rubios, de ojos azules, espabilados y de buen carácter, sacaban buenas notas con el señor Bauer y además tenían a su madre, ingresada en la pequeña estancia de la sala de mujeres, con ellos. Aquellos niños, a fin de cuentas, estaban allí solo por su madre y porque nadie sabía adónde llevarlos. August oyó que la enfermera jefa se lo decía a Lilo, que parecía saber por qué la madre de Klaus y Anneliese estaba en la pequeña estancia donde solían enviar solo los casos más graves.

—Qué va —dijo la enfermera jefa—, con la falta de camas que hay no podemos hilar tan fino.

Sin embargo, el viejo médico de Boltenhagen se había negado a practicarle un neumotórax a la madre de Klaus y Anneliese.

August recuerda que, durante su matrimonio, Trude siempre se encargaba del papeleo.

—Si me muero antes que tú —le decía—, tendrás que ponerte bajo tutela.

Ahora se las ve y se las desea para lidiar con el papeleo, aunque no sea mucho. Por suerte, tiene un vecino que trabaja en una oficina de empleo y que le echa una mano cuando no se aclara. En general, August piensa que siempre ha encontrado gente dispuesta a ayudarle cuando lo ha necesitado. Pero su lista de amigos, que ahora repasa mentalmente, no es muy larga. Siempre ha evitado ir a tomar una cerveza por la tarde con sus compañeros de trabajo, pero a veces Trude y él se apuntaban a las excursiones en grupo. Una vez

navegaron por el Danubio desde Viena hasta Passau, y quedó muy impresionado con el equipamiento del barco.

Ahora caen los primeros copos de nieve, el viento los arroja contra las ventanillas. Detrás de él, los pasajeros opinan que san Pedro podría haber esperado al menos a que llegaran a casa. La tormenta arrecia rápidamente, August tiene que poner los limpiaparabrisas a toda velocidad para poder seguir circulando. Pero ya solo quedan unos centenares de metros.

La estación final está frente a la agencia de viajes de Alexanderplatz. Los pasajeros tienen que apearse bajo el temporal. August ayuda a las personas con movilidad reducida a descargar el equipaje. Rechaza las propinas que algunos le ofrecen, pero acepta sus palabras de agradecimiento. La señora Richter y él se despiden con la mano. August todavía tiene que llevar el autocar al garaje de la estación de autobuses, donde se lo entrega al mecánico, que le pregunta si ha detectado algún fallo.

—Ninguno —responde.

—Muy bien —dice el compañero. Parece que confía en él.

Tiene el viejo Volkswagen aparcado junto a la estación de autobuses, el coche está completamente cubierto de nieve. Debe apartar la capa de nieve húmeda antes de poder subir para arrancar e incorporarse al intenso tráfico de la hora punta en dirección este, un trayecto que podría recorrer con los ojos cerrados. Hoy tardará más de lo habitual, muchos conductores sufren con el pavimento resbaladizo, de vez en cuando hay alguno que patina y se cruza, van surgiendo pequeños obstáculos en el tráfico. Con este tiempo, a estas horas del día, la ciudad está sucia y es inhóspita.

También el castillo y sus alrededores resultaban deprimentes con el mal tiempo, así lo describía la enfermera jefa.

—Es normal que uno se atonte —decía—. No es de extrañar que la gente muera, es porque ya no tienen ganas de vivir en esta oscuridad.

También en un día como ese, August lo recuerda perfectamente, murió la madre de Klaus y Anneliese, y los portadores del féretro lo sacaron descuidadamente con los pies por delante y tuvieron que abrirse paso bajo una fuerte tormenta hasta la capilla, y con aquel clima tan desapacible nadie fue a tocar el ataúd a medianoche. Al

menos eso les dijo el señor Grigoleit a Klaus y Anneliese para consolarlos. Añadió que el tiempo curaba todas las heridas y que ellos aún eran muy jóvenes, tenían toda la vida por delante, y no en vano Dios nos había concedido el don del olvido. Pero había algo que debían saber: su madre nunca entraría en la eternidad sin antes despedirse de sus hijos, por lo que debían estar atentos a lo que sucediera la tercera noche después de su muerte.

La tercera noche, a la hora de los fantasmas, se oyeron tres golpes sordos contra el pie de la cama de Klaus y Anneliese. El señor Grigoleit estaba muy satisfecho.

—Ya se ha despedido —dijo—. Ahora debéis dejar que se vaya en paz.

La enfermera jefa se llevó las manos a la cabeza pero guardó silencio, y Lilo también calló aunque estaba enfadada, August lo notaba. Se da cuenta de que puede hojear esas viejas historias en su cabeza como si fueran un cuento ilustrado, nada ha caído en el olvido, ninguna imagen se ha desvanecido. Si quiere, puede volver a verlo todo tal y como era: el interior del castillo, la amplia escalera de caracol, cada una de las habitaciones y la distribución de las camas en la sala donde dormía Lilo. Allí ya no cantaba nadie desde que Gabi se había ido, y desde que a Klaus y Anneliese los habían enviado a un orfanato normal ya nadie se divertía cuando Lilo contaba un cuento o cantaba la canción de buenas noches; ahora lo hacía solo para él y para Ede. Ella tampoco se divertía, August lo notaba. En primavera, Ingelore recibió el alta. No estaba curada, pero sus padres se mudaban a una ciudad lejana y querían llevársela. Y a August se le encogió el corazón cuando oyó a la enfermera jefa decirle a Lilo que la velocidad de sedimentación de ella era ahora completamente normal, como la de una persona sana. Sabía lo que significaba eso.

August ha llegado a Marzahn, donde vive desde hace más de veinte años. Le gusta este lugar y no piensa mudarse, como han hecho muchos de sus vecinos. Dos habitaciones, cocina y baño era suficiente para ambos, para Trude y para él, además del pequeño balcón y las amplias vistas desde la ventana de la cocina, que alcanzan hasta la linde del bosque. Sabe dónde aparcar. Conoce cada peldaño de la escalera hasta el segundo piso, donde vive.

Lilo le dio su dirección al despedirse. Él le pidió que no lo olvidara.

—No —dijo ella, y lo abrazó—. No te olvidaré, August.

La destartalada ambulancia que había llegado cargada de nuevos pacientes la llevó a la estación. Lo último que vio de ella fue su brazo saludándolo desde la ventanilla y la bufanda azul que siempre llevaba alrededor del cuello. Y August pensó que ya no volvería a tener ninguna alegría en toda su vida.

Introduce la llave en la puerta. No es agradable llegar a un piso vacío.

—Ya se acostumbrará —le dijeron cuando Trude falleció, pero no se ha acostumbrado. Le supone un gran esfuerzo abrir la puerta cada vez que vuelve de viaje. Teme el silencio que lo recibirá, un silencio que ni la radio ni la televisión pueden disipar.

Se detiene unos instantes para recuperar el aliento. Todavía es incapaz de expresar con palabras lo que siente. Es un sentimiento parecido a la gratitud por haber encontrado algo en su vida a lo que, si pudiera decirlo en voz alta, llamaría felicidad. Abre la puerta y entra.

Julio de 2011

¿Qué puedo escribirte, querido, salvo unas cuantas hojas carcomidas de recuerdos de la época en la que aún no nos conocíamos? De los últimos tiempos apenas puedo contarte nada que no sepas ya. Porque así es: a lo largo de las décadas hemos crecido enraizándonos el uno en el otro hasta que ya no puedo decir «yo», casi siempre hablo de «nosotros». Sin ti sería otra persona. Pero eso ya lo sabes. Las grandes palabras no son habituales entre tú y yo. Solo diré esto: he tenido suerte.

C.

28 de julio de 2011

Was soll ich Dir schreiben,
mein Lieber, wenn nicht ein
paar beschriebene Blätter,
in die viel Erinnerung hin-
geflossen ist aus der Zeit,
als wir uns noch nicht kann-
ten. Von der späteren Zeit kann
ich Dir kaum etwas erzählen,
was Du nicht schon weißt. Das
ist es ja: Wir sind in den Jahr-
zehnten ineinandergewachsen.
Ich kann kaum „ich" sagen - meistens
„wir". Ohne Dich wär ich ein an-
derer Mensch. Aber das weißt Du
ja. Große Worte sind zwischen uns
nicht üblich. Nur soviel: Ich
habe Dich lieb.

C.

24. Juli 2011

«Mañana, ayer, ¿qué significan esas palabras?
Solo existe el presente. (...) Ya que las cosas viven en mí
y no en el tiempo. Y en mí, todo es presente.»
AGOTA KRISTOF

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle
el tiempo que ha dedicado a la lectura de *August*.
Esperamos que el libro le haya gustado
y le animamos a que, si así ha sido,
lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle
otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que visite
www.librosdelasteroide.com y nuestros perfiles de
redes sociales, donde encontrará información completa
y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá
ponerse en contacto con nosotros para hacernos
llegar sus opiniones y sugerencias.
Le esperamos.



Nota biográfica

Christa Wolf (Gorzów Wielkopolski, entonces Prusia Oriental y en la actualidad Polonia, 1929 – Berlín, 2011), novelista, ensayista y guionista, está considerada una de las escritoras más relevantes de la literatura alemana de la segunda mitad del siglo xx. Entre sus obras destacan *Noticias sobre Christa T.* (1968), *Muestra de infancia* (1976), *Lo que queda* (1979), *Casandra* (1983), *Accidente* (1987), *Pieza de verano* (1989) y *Medea* (1996), por las que recibió, a lo largo de su trayectoria, premios como el Georg Büchner (1980), el Schiller Memorial (1983), el Premio Nacional de Viena para la literatura europea (1985) y el Deutscher Bücherpreis (2002).

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *August*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

El regreso de los exiliados, Elisabeth de Waal
Claus y Lucas, Agota Kristof
Los Effinger, Gabirele Tergit